

El Síndrome de Cenicienta

Lema. Tarambana

Cuando Millán abrió los ojos en un estertóreo aleteo de párpados ya supuso que aquel momento de descanso no había sido como los habituales. De hecho, la pesadez de sus piernas y de sus brazos era mucho mayor que cuando se levantaba a mitad de la noche para echar la *meadita* de rigor. Y es que él, con más de nueve décadas a la espalda, ya no poseía la vejiga de antaño, y prefería levantarse una o dos veces por noche, que tener que cambiar las sábanas, día sí, día también.

Despertó con una sensación extraña, que le hizo barruntar una sospecha que certificó cuando, incapaz de hallar la más mínima luz que alumbrase su lecho, trató de reincorporarse y su testa se estrelló contra madera. No había lugar a la más mínima duda; estaba muerto.

El cómo y el cuándo, dadas las circunstancias, carecía de importancia. Incluso el hecho de haber despertado del que se suponía era el sueño eterno le parecía un detalle nimio, que seguramente el destino corregiría en breve por sí solo. Aunque, obviamente, no iba a permanecer allí tendido y aburrido, hasta que el torpor del finado fuera a envolverle definitivamente. Posó sus dos manos sobre la tapa del ataúd y lo empujó con todas sus fuerzas, que a decir verdad, no eran muchas. Aunque sí lo suficientes como

para que la tapa cediera a un costado y pudiera sentarse, hallándose allí donde esperaba, en el panteón familiar que su abuelo había levantado hacía más de sesenta años, y en el que, poco a poco, se habían ido añadiendo incorporaciones, deceso tras deceso.

Cuando logró, no sin pocos esfuerzos, descender de su ataúd y caminar hasta el centro del panteón, dedicó un instante a ubicar el féretro de su Tomasa. La luna bendecía el lugar con su luz argéntea, que se colaba en la sala a través de la cristalera superior, iluminando con tibieza las diferentes tumbas de los familiares de Millán. Se acercó hasta la de su mujer y acarició, con la melancolía del eterno enamorado, la madera del sepulcro. Tomasa, esa mujer que una tuberculosis le había arrebatado cuando apenas tenía treinta y cinco años, dejándole solo con sus tres hijos. Desde su deceso todo había sido viña y llanto, un año tras otro. Aunque llegaron los nietos y tres bisnietos, los días habían sido un anodino trajín de segundos, minutos, horas...sin demasiada diferencia entre ellos. Tantas, tantas veces había añorado una muerte plácida que le devolviera a los brazos y los labios de Tomasa, que le parecía una jugarreta del destino despertarse así, ni en un lado, ni en otro.

Al menos su familia, esa pandilla de ingratos que solo llamaban de pascuas a ramos, y no en pocas ocasiones habían insinuado la opción de recluirle en un asilo, habían tenido a bien vestirle con el traje. Con ese traje que apenas usaba un par de veces al año; cuando se celebraba algún bautizo en el pueblo en el que estuviese convidado, y en la misa de la patrona, al poco de desprecintar los septiembres. Millán tenía la creencia en vida que si uno tenía que presentarse ante el Todopoderoso, una vez hubiera acabado su periplo terrenal, no podía hacerlo sino con sus mejores galas. Una camisa lisa, corbata oscura, traje negro y...¡Maldición!

Millán abrió las manos confundido y enfadado a una. ¿Cómo podía haberle dado sepultura su familia con esos zapatos viejos y desastrados? No era un mal calzado, lo había comprado hacía años en la zapatería del Remigio, en la capital. Pero el uso y los años los habían desgastado, sobre todo por el interior, gracias a su andar patizambo, con el que rozaba un pie con otro.

¿Cuántas veces se lo había repetido a Ginés, Mateo, Valvanera y Vico? La respuesta era sencilla; cientos, miles. Sobre todo a Vico, que era la que seguía en el pueblo, casada con Ricardo, el de la farmacia de los Azofra, y la que le decía, cuando él le recordaba que no podía presentarse en el Más Allá con un calzado viejo, que tenía el Síndrome de Cenicienta.

—¡La madre que los parió!—masculló entre dientes, mientras chapaleaba con los pies sobre el granito del panteón, comprobando que al menos no se le escapaban—. Pero tanto les costaba ponerme los zapatos nuevos, si todos saben dónde los tengo guardados.

Furioso y frustrado a un tiempo, Millán comprobó que sus músculos aún poseían cierta tonicidad. Los sentía rígidos, incluso secos, y su lengua estaba áspera como si fuera la de un gato. Pero más allá de eso, perfectamente podía pasar por un ser vivo. Así las cosas, y convencido de que no podía volver al ataúd sin sus zapatos nuevos, los que tenía para la ocasión, dio dos vueltas al cerrojo del panteón, que seguramente quien colocó nunca llegó a imaginar que se llegaría a abrir desde el interior, y salió al camposanto, donde le recibieron el canto de las lechuzas y un inusual frescor, allí donde la espalda pierde su condición.

—Señor Sotomayor, no se me ofenda, pero se le ve el culo.

Aquel que había soltado tal afirmación, llamándole tal y como le denominaban todos aquellos que no contaban con su confianza, era Guillermito Palomeque, un mozo del pueblo bastante corto de entendederas, al que el Consistorio había empleado como cuidador del camposanto, a fin de que no se perdiera en otras actividades más perniciosas. Tendido sobre el suelo, con una botella de Real Tesoro en la mano, a medio dilapidar, evidenciaba que el trabajo no había conseguido librarle de ciertos étlicos vicios.

Millán se echó las manos al trasero del pantalón, pero en lugar de palpar tela, tocó carne. Rugosa y fría, si hay que ser veraces en la narración.

—Seguramente se arparon al ponérselos. Últimamente, y no se me ofenda, había ganado usted algo de peso —añadió el cuidador del camposanto, antes de besar de nuevo el gollete de la botella de ponche.

Ignorando las palabras de Guillermito, Millán miró hacia la salida del cementerio, y el camino que se extendía más allá, finalizando en el pueblo. La suya era la última de las casas, por lo que podía llegarse hasta allí y regresar con los zapatos nuevos, sin que nadie le viera y pusiera el grito en el cielo, creyendo que con su llegada y la resurrección de la carne, se había dado el pistoletazo al apocalipsis.

—¿Y cuánto hace de lo mío? —preguntó Millán al joven.

—Hará cuatro días que lo encontraron en la viña de Valdehormilla, entre las cepas. Le encontró Justino, el de la Severina. Y dice que todavía tenía las tijeras en la mano, como si la parca le hubiera echado el lazo mientras desnietaba —detalló Guillermito, dejando la botella a un lado—. Si es que bien dice el dicho, valga la redundancia que aquí se confirma, de que iba a ser el más rico del cementerio —sumó, no sin cierta ironía.

Razón no le faltaba al borrachín oficial del pueblo. Desde el deceso de Tomasa, Millán se había empeñado en ahorrar con paciencia de marea cada peseta, y más tarde cada euro. Para comer gastaba lo justo, y en ropa, poca cosa. Probablemente fuera el hombre con más dinero del pueblo, aunque sus cuentas bancarias no dijeran lo mismo. Ya que, además de a rico, a cabezón y desconfiado no le ganaba nadie. Y en lugar de haber llenado de ceros la cartilla, lo que había llenado de billetes era un pocillo, que horadó con secretismo, en la antigua cuadra de la Remigia, la mula que le araba las tierras y repartía coces, a partes iguales. Un dinero que sus hijos y nietos no sabían ubicar. Así que el viaje a su casa, además de para recuperar sus zapatos, podía servir para ponerles sobre aviso del paradero del dinero. Bastaba con abrir la cuadra y destapar el agujero, tarde o temprano lo encontrarían. A fin de cuentas, para qué lo necesitaba él ahora que su aliento no empañaba los cristales.

—¿Paso por vivo? —le preguntó a Guillermito, abriendo las manos a los costados.

—Para quien no le conozca, puede —afirmó el joven sin demasiada convicción, encogiéndose de hombros—. Yo es que le tengo muy visto. La verdad es que lo que más iba a llamar la atención es que vaya con el culo al fresco.

Millán se tanteó de nuevo los glúteos, secos como el útero de una centenaria, y después señaló los bombachos que vestía Guillermito.

—¿Me los prestas? Te los devuelvo a mi regreso, que no pienso demorarme demasiado.

Guillermito, confuso, se miró los pantalones de trabajo, constelados por un sinfín de manchas, algunas de ellas de dudosa procedencia. Tras dudarlo un momento se levantó y desanudó el cordel con el que los fijaba a su cintura.

—No creo que sean de su talla, pero madre siempre dice que hay que ayudar al prójimo. Y digo que yo que los muertos, aunque no respiren, seguirán siendo prójimos. ¿No cree usted?

—Igual me da ser prójimo o no. Yo lo único que quiero son mis zapatos nuevos, y volver al lecho, a ver si la siguiente dormida la pego del tirón —le replicó Millán, sacándose los pantalones y vistiendo los bombachos de Guillermito, que como bien había previsto el mozo, eran varias tallas mayores que lo que precisaba. Detalle que arregló, tensando la cuerda que ejercía de rudimentario cinturón, hasta asentarlos, arrugados, a su cintura.

—Muchas gracias, Guillermito —le agradeció el finado—. Que sepas que uno es agradecido y recuerda a quienes le tendieron la mano.

—Pero qué voy a esperar de usted, Señor Sotomayor, si está muerto —se jactó el muchacho, rescatando la botella de Real Tesoro que tenía al costado.

—Minucias, muchacho, minucias —le replicó Millán, enfilando el sendero que salía del cementerio de camino a la villa.

Al ser aquella, una noche clara, podía el bueno de Millán transitar tranquilo. Paso a paso cavilaba sobre su vida y el poco caso que había hecho, mientras tuvo pulso, a su propia familia. Quizás, parte de la aspereza y la ingratitud de sus nietos y algunos de sus hijos, se debiera a su carácter hosco, esquivo, como de perro apaleado. Si al menos, después de finado, les dejaba abierto el agujero donde había escondido su pequeña fortuna, tendría un modo de redimirse de años de distanciamiento. Aunque de todos modos les seguía echando en cara el tema de los zapatos. Una, una sola cosa les había dicho constantemente en sus últimos años; que le enterrasen con los zapatos nuevos. Y nada. Como se decía por esa tierra; *“como el que oye llover”*.

Debían ser no menos de las dos de la madrugada cuando alcanzó la primera de las casas, que era la suya. Sonrió al ver como todas las habitaciones tenían las luces encendidas, buena muestra de que su familia aún le lloraba. Cuando alcanzó la primera de las ventanas empero, y pudo asomarse a ella, la sonrisa que le había dibujado en los labios el ver su hogar iluminado, se le deshizo como un hielo en agosto.

En el salón los armarios estaban desvencijados, los cuadros, desclavados, las alfombras, volteadas. Hasta el sillón, donde se estiraba como un galgo los domingos por la tarde, para leer los suplementos del dominical, había sido destripado como un gorrino por San Martín. Restos de la vajilla que su suegra les había obsequiado a él y a Tomasa por sus nupcias, alfombraban el suelo de madera, donde algunas de las lamas habían sido levantadas con fuerza, hasta ser quebradas por la mitad.

Desolado, recorrió la fachada de la casa, de ventana a ventana, adherido a la pared como una lagartija noctámbula. Cada habitación que descubría estaba peor que la anterior. Colchones destripados, cuadros descolgados, armarios saqueados. Incluso la alacena donde guardaba los pocos enseres personales que conservaba de Tomasa, había sido profanada.

Al llegar a la ventana de su habitación, encontrándola en tan mal estado como el resto, al menos sonrió con tristeza al ver la caja de sus zapatos encima de una maleta. La de Ricardo, el *noviete* de su nieta Vico, que al parecer, por la colocación que había dado a los zapatos sobre su maleta, tenía el mismo gusto para el calzado...e idéntico número de pie, el muy canalla. Millán echó medio cuerpo sobre la ventana, alargó la mano, recogió la caja del calzado y regresó al exterior, cambiándose con rapidez. Confinando, dentro de la caja, los desastrados y viejos zapatos, con los que se pensaban que se iba a presentarse en el otro lado.

Cuando estaba a punto de regresar al cementerio, escuchó un murmullo que provenía del porche principal de la casa, sito a la vuelta de la esquina, que le quedaba a unos metros. Se acercó con sigilo, ignorando el bufido de Rascal, un gato negro que solía dormir en el porche, y que si no había sido afable en vida, mucho menos lo iba a ser ahora, que debía mostrar un aspecto, a medio paso entre Cher y los protagonistas de *The Walking Dead*.

—¡Pues yo digo que el viejo de los cojones tuvo que enterrar los dineros en la viña!
—vociferó Ginés.

—En la casa no queda nada por revolver —sumó Valvanera.

—El jodido viejales, con todo lo que le ha costado palmarla y ahora nos deja en las cuentas del banco setecientos míseros pavos —mascullaba, no sin rabia, Mateo.

—Qué le den por donde amargan los pepinos. Tarde o temprano lo vamos a encontrar —apostilló Valvanera.

Derrotado y triste, si aún hubiera conservado el alivio de poder llorar, sin duda, Millán lo hubiera hecho. En lugar de eso regresó por donde había venido, pero en lugar de tomar el sendero que llevaba al camposanto, se desvió hasta las cuadras y entró sin dilación en el antiguo establo de la Remigia. Se arrodilló, separó la paja, el estiércol seco y la madera que lo cubría, y abrió el pocillo donde había escondido todos sus ahorros. Las palabras de Valvanera eran ciertas, al final lo acabarían encontrando. Y esa jauría de desagradecidos no lo merecían en absoluto. Escondió tantos billetes como pudo en los bolsillos de los bombachos de Guillermito, y cuando ya no entraban más, caminó hasta la cuba de las berzas, que devoraban voraces sus cabras, echando al agujero tantas como cupieron. Después abrió la cuadra de las chivas, que con más

hambre que el perro de un cómico, se echaron voraces sobre el agujero, devorando berzas, billetes, y hasta una viga de hormigón si hubiera estado en medio.

Antes de que las cabras hubieran terminado de devorar lo que le había costado toda una vida sumar, vencido, Millán caminó de regreso al cementerio, donde encontró a Guillermito tal y como le había dejado; en calzoncillos y con la botella de Real Tesoro en la mano. Aunque a ésta última, le faltaban bastantes tragos. De hecho, ya no quedaba uno más que darle.

—¡Vaya zapatos molones! —canturreó el borrachillo, cuando le vio aparecer con los zapatos nuevos.

Millán los miró satisfecho y comenzó a quitarse los bombachos. Cuando se los devolvió a Guillermito, el mozo sacó un puñado de billetes del bolsillo y se los extendió al difunto. Pero Millán negó con un ademán de mano.

—Para ti, Guillermito —le respondió—. Para que me tengas el panteón reluciente, que si dependo de mi familia, se me come la mugre antes que los gusanos.

Después se vistió con los pantalones, quedando de nuevo con el trasero al aire. Guillermito, borracho y divertido, a partes iguales, sonrió como un adolescente al que le guiñan un ojo por primera vez.

—¿Y con ese pantalón se piensa ir para el paraíso?

Ignorando las palabras del recompensado mozo, Millán caminó hasta el interior del panteón familiar, sujetando la hoja de la puerta con una mano.

—Los zapatos, Guillermito, los zapatos son lo más importante de la vestimenta —aseguró Millán—. Uno puede ir hecho un pincel, pero si llevas los zapatos desgastados o sucios, es como si vistieras con harapos. Espero que al revés también valga, y que

cuando me encuentre al otro lado, estos relucientes y nuevos zapatos, me distingán como lo que soy, un muerto elegante, aunque lleve el culo al aire.

—¡Y que lo diga! —exclamó Guillermito, alzando la botella vacía al aire.

Sin ánimo para seguir con la cháchara, Millán caminó por el interior del panteón, besó el féretro de Tomasa y después continuó hasta su ataúd, tumbándose sobre el mullido interior, no sin antes dejar la tapa a medio asomar, para poder cerrarla desde dentro. Antes de hacerlo miró por última vez sus zapatos. Una mota grisácea empañaba el esplendoroso brillo de la piel. Haciendo un escorzo imposible, frotó el zapato con la pernera del pantalón, hasta eliminar del todo la mácula y sonrió satisfecho. Después, con las dos palmas de las manos fue moviendo la tapa, hasta que su tumba quedó totalmente cerrada y un sopor ingobernable fue solapándole los párpados. Antes de quedarse dormido, en esta ocasión de forma definitiva, comprendió por qué había despertado por primera vez. Y es que uno no puede dejar en la tierra asuntos pendientes, sobre todo si estos conciernen a la elegancia, y a cómo se desea afrontar la entrada al lugar donde ha de ser eterno.